

más eficaces los medios que disponen al instrumento para que se rija bien de la divina mano, que no los que le disponen para con los hombres. *Como son, dice, los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intencion del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devocion, y el celo sincero de las ánimas para gloria del que las crió y redimió sin otro algun interés.*

CAPÍTULO XIII.

DE LA FIDELIDAD QUE DEBE GUARDAR EL MAESTRO PARA CON DIOS, CUANTO AL EJERCICIO ESPIRITUAL.

NO basta que el maestro padre espiritual que da los ejercicios sea fiel quanto á las personas que trata, no pretendiendo de ellas ningun interés para sí, como habemos declarado en los capítulos pasados, sino que ha de pasar más adelante y ser fiel para con Dios, esto es, que él mismo provecho espiritual de las almas, no le quiera encaminar por medios salidos de su traza y de su gusto, sino por los que entendiere que son conformes á la voluntad de Dios, ni quiera prevenir la divina inspiracion, sino que la siga y se acomode á ella en todo. De esta manera el celo de las almas tendrá las dos calidades que dijo nuestro santo Padre ¹, que eran necesarias para

¹ Part. 10, § 2.

ser celo puro y sincero: primera, que sea para gloria del que las crió y redimió; segunda, que sean sin ningun otro interés. Hemos tratado de esto segundo, y declarado cómo el que da los ejercicios se debe desnudar de todo propio interés; resta tratar de lo primero, que sea para gloria del que las crió y redimió. Y esto no consiste solamente en la intencion del que da los ejercicios, esto es, en que no pretenda en darlos sino la gloria y servicio divino, porque esto lo mismo es que tener la intencion recta y no pretender para sí ningun provecho ó interés. Consiste pues el punto que tratamos no solamente en la intencion recta respecto del que los da, sino en enderezar los mismos ejercicios respecto del que los hace, conforme al beneplácito divino, conviene á saber, que el que se los da los disponga y gobierne, no conforme á su gusto, ni conforme á su dictámen ó inclinacion, sino conforme á la divina inspiracion y á lo que entendiere que quiere Dios de su ejercitante, para mayor gloria de su divina Majestad. Este es el segundo punto que propusimos arriba, de la fidelidad que debe tener el padre espiritual quanto á los mismos ejercicios, en el cual por ventura consiste toda ó la mayor parte del magisterio espiritual; y así iremos declarando en particular la doctrina que acerca de él se puede sacar de nuestro libro de los *Ejercicios*.

Pues para dar principio á este punto traigamos á la memoria la historia de Helí y de Samuel, que tocamos en el capítulo pasado, cuando Helí instruyó á Samuel para que oyese á Dios, y Dios hablase con él. En el qual hallamos tres diferentes personas, conviene á saber, á Dios nuestro Señor, á Helí y á Samuel; y estos dos nos representan al maestro que nos da los ejercicios, y al discípulo que los hace; y si bien consideramos lo que

sucedió en aquel caso, descubriremos lo que en el ejercicio espiritual pertenece á cada una de estas tres personas. Porque á Dios nuestro Señor le toca el hablar y descubrir sus secretos y su voluntad, cuando y como y en la forma que él fuere servido. Al sacerdote no le toca adelantarse á decir lo que Dios quiere comunicar á cada uno, porque no lo sabe, como no sabía Helí lo que quería Dios revelar á Samuel; sino tan solamente instruirle en la cortesía y términos con que ha de tratar con Dios, y despues pedirle cuenta de lo que hubiere sentido, para prevenir que no se atravesiese algun engaño; y al discípulo le toca ejercitar fielmente lo que su maestro le enseñare, como lo hizo Samuel, que con toda sinceridad, cuando Dios le llamó, le respondió las mismas palabras que le habia enseñado el sacerdote Helí¹: «Habla, que tu siervo oye:» con que se le declaró Dios á toda su voluntad. Y por tanto si el maestro no está atento á instruir á su discípulo en el modo que ha de tener en tratar con Dios, es remiso y falta á la obligacion de su oficio; y si quiere tomar el oficio de Dios nuestro Señor, y hablar él disponiendo á su traza y voluntad del estado de vida ó de otras acciones tales del que está á su cargo, esto es ser atrevido y echar la hoz, como dicen, en la mies ajena; y así para guardar la fidelidad debida en su ministerio, debe estar muy atento á dar á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.

A Dios nuestro Señor, como á dueño de este negocio y autor de la gracia, le toca el dar principio á esta obra llamando y despertando con su secreta inspiracion, como llamó y despertó á Samuel que dormía. El hombre no puede hacer este oficio, como lo confesó por do

¹ I Reg. III, 10.

veces Helí, cuando pensando Samuel que era él el que le habia llamado y despertado, le respondió¹: «No he sido yo, hijo mio, el que te he llamado, vuélvete y duerme.» Y á la tercera vez entendió que era Dios el que le llamaba. Sobre las cuales palabras dice san Gregorio²: Nuestros padres y mayores que por medio de la palabra divina instruyen á los profetas y predicadores nuevos, como instruyó Helí á Samuel, no por eso son ellos los que los llaman, pero juzgan de sus revelaciones interiores cuales sean; el llamar es de Dios, y es lo mismo que despertar las almas de los escogidos con la inspiracion de su gracia. Esto es de san Gregorio. Los grados de perfeccion á que va Dios llamando, son los que están declarados en los tres primeros tratados, desde el principio de la conversion hasta el fin de la perfeccion. Por cuán varios modos y caminos, ¿quién lo podrá declarar? Basta decir que esta sola razon convence ser ésta obra de Dios y no de los hombres; porque los hombres así como tienen limitada la sabiduría y el poder, así para cualquiera obra de sus manos, están atados á ciertas reglas y leyes de las cuales nunca exceden ni pueden. Pero á la sabiduría de Dios, ¿quién le pondrá reglas? y á su poder ¿quién le dará leyes? Si revolvemos las historias eclesiásticas de las vidas de los santos, hallaremos que no son tan diversas las estrellas del cielo, ni las flores y yerbas de los prados, ni hay tanta diferencia de animales en la tierra, ni de aves en el aire, ni de pescados en la mar, cuanto son diferentes los caminos por donde Dios ha llevado los santos, y guiádoslos á la perfeccion; porque cuanto son más excelentes las obras de la gracia que las de la naturaleza, tanto es mayor la variedad y her-

¹ Ibid. 5, 6.— ² Lib. 2, expos. in c. 3, lib. 1, Reg.

mosura de ellas; y lo menos es lo que está escrito, y lo más es lo que gozaremos en el cielo con la vista y compañía de todos los santos. Pues luego el llamar los olvidados, y despertar los dormidos, y determinar el camino y los medios de su perfeccion, á solo Dios pertenece.

Al maestro espiritual primeramente le conviene no contentarse con poco, sino poner la mira, no solamente en la salvacion del que tiene á su cargo, sino tambien en su perfeccion, cuanto le fuere posible. Esto pide claramente el santo Padre á todos los de la Compañía en el cap. 1 del exámen, donde dice: *El fin de esta Compañía es no solamente atender á la salvacion y perfeccion de las ánimas propias con la gracia divina; mas con la misma intensamente procurar de ayudar á la salvacion y perfeccion de las de los prójimos.* Porque es cierto, que segun es el fin que uno se pone delante, así son los medios y el aliento que pone para conseguirle; y si procurando lo más perfecto apenas salimos con lo mediano, si nos contentamos con poco, no saldremos al cabo con nada. Los medios que debe poner para conseguir este intento son: Primero, sustentar todo este negocio con oraciones y santos deseos intensamente, procurando en el acatamiento divino promover y adelantar al que ha tomado á su cargo, y alcanzarle todos aquellos dones que le desea. Segundo, le debe instruir cómo ha de tratar con Dios, y cómo se debe disponer para ser ilustrado y movido de él en la forma que despues diremos. Tercero, estando así instruido le debe remitir á la enseñanza é inspiracion divina, sin persuadirle esto ó aquello en particular, lo cual enseñó nuestro santo Padre en la anotacion quince, que es admirable, donde dice así: *El que da los ejercicios no debe mover al que los recibe más á po-*

breza ni á promesa, que á sus contrarios, ni á un estado ó modo de vivir, que á otro. Porque dado que fuera de los ejercicios, licita y meritoriamente podamos mover á todas personas que probabiliter tengan sujeto para elegir continencia, virginidad, religion, y toda manera de perfeccion evangélica; tamen en los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comuniquen á la su ánima devota abrasándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la via que mejor podrá servirle adelante, etc.

Acerca de estas palabras se debe ponderar, lo primero, la diferencia que pone el Santo entre los que hacen ejercicios, y los que no los hacen; porque dado caso que ni los unos ni los otros no deben elegir, ni se les debe aconsejar sino lo que se entendiere que es conforme á la divina voluntad, porque, como está dicho, sólo Dios es el que determina á cada uno su camino y el que llama y despierta para caminar por él; pero hay esta diferencia, que los que hacen ejercicios buscan la divina voluntad, y ponen medios y se disponen para saberla, de lo cual no tratan los que no los hacen, que suelen estar muy lejos y olvidados de este cuidado. Antes de esto sólo habia dicho el Santo en qué consiste la definicion y la sustancia de lo que llamamos ejercicios espirituales, porque en la anotacion primera dice así: *Todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y despues de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposicion de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales.* Pues luego hacer ejercicios espirituales, es buscar la divina voluntad, la cual los que están fuera de ellos no tratan de buscarla, ni se disponen para hallarla. Y de esta diferencia nace otra de parte de los maestros y pa-

dres espirituales, que á los que no buscan por sí mismos la divina voluntad, sus padres espirituales la pueden buscar por ellos, y aconsejarles y persuadirles toda perfeccion que juzgan que les conviene para mayor gloria divina. Pero á los que hacen ejercicios: *Más conveniente y mucho mejor es buscando* (como buscan) *la divina voluntad que el mismo Criador y Señor se comuniquen á la su ánima devota, etc.* Lo segundo se debe advertir, que no se trata aquí solamente del estado de vida, sino de cualquier otra cosa que sea materia de eleccion perteneciente á la salud del alma; lo cual significó bastantemente nuestro santo Padre cuando dijo: *Que fuera de los ejercicios podemos mover para elegir continencia, virginidad, religion.* Y porque estas cosas pertenecen á la eleccion del estado, para hacer la proposicion más universal, añadió: *Y toda manera de perfeccion evangélica.* Y más abajo tratando de cómo se comunica Dios y declara su voluntad al ánima que la busca en los ejercicios, puso aquella palabra general: *Y disponiéndola por la via que podrá mejor servirle adelante.* Pues luego todo lo que está sujeto á nuestra eleccion, no solamente acerca del estado de la vida, sino en todas las demás cosas particulares, como son las que pertenecen á la reformation del estado, y al tiempo y modo y materia en que se han de ejercitar las demás virtudes, todas estas cosas en el que hace ejercicios se deben remitir á la divina inspiracion, y en el que no los hace se pueden aconsejar licita y meritoriamente.

CAPÍTULO XIV.

QUE LA ELECCION QUE SE HACE POR DIVINA INSPIRACION, HACE MUCHAS VENTAJAS Á LA QUE SE HACE POR PERSUASION HUMANA.

SUPUESTO lo que se ha dicho en el capítulo pasado, veamos ahora las ventajas que hace aquel primer modo de conocer la divina voluntad por divina inspiracion á este segundo, cuando se conoce por consejo y persuasion humana. Primeramente, el que quiere mover á otro á cualquiera manera de perfeccion evangélica, ha de persuadirse probablemente que tiene sujeto apto para el tal estado ó manera de perfeccion; que tanto es como decir, que segun el sugeto y las circunstancias ha de creer que aquello es lo que le conviene, y por el consiguiente, que aquello es lo que Dios quiere de él; y en este juicio puede errar de muchas maneras. Lo primero, si él por sus intenciones particulares pretende persuadir á otro con mentiras y con engaños, y traerle á lo que él quiere; el cual es uno de los desórdenes que nota santo Tomás en los que persuaden á otros que entren en religion. Si le atrae, dice el Santo ¹, con mentiras, porque entonces tiene peligro, el que es así persuadido, de volver atrás cuando descubre que ha sido engañado; y vienen á ser sus fines peores que los principios. Lo segun-

¹ 2, 2, qu. 189, a 9 in corp.

do, cuando él no pretenda engañar es muy fácil engañarse por no conocer todas las condiciones y circunstancias del sugeto, ó por no advertirlas con tanto cuidado, ó porque su deseo é inclinacion particular le hace que dé más fuerza á las razones, de la que tienen. Lo tercero, el hombre así inducido corre más peligro de creer con el discurso del tiempo que ha sido engañado, ó con malicia, ó sin ella, de quien le persuadió; y de cualquiera manera que lo crea tiene el mismo peligro de volver atrás, ó de vivir desconsolado y sin contento, echando siempre la culpa de sus yerros á quien le persuadió.

Estos inconvenientes cesan por la mayor parte cuando en uno de los ejercicios hace su eleccion en el acatamiento divino; porque á cargo de Dios está enseñar á hacer su voluntad á los que se llegan á él con sencillo corazon, segun que lo pedia el Profeta ¹: «Enseñame, Señor, á hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios.» Y en otra parte nos promete el buen suceso de esta diligencia cuando dice ²: «Allegaos á él, y sereis alumbrados.» Porque este Señor es la misma luz, como dice san Juan ³, sin rastro de sombras ni de tinieblas, que ni puede engañar ni ser engañado, y su oficio es alumbrar á todo hombre que viene á este mundo. Y aunque puede ser que el hombre se engañe pensando que es luz é inspiracion de Dios la que no lo es; pero debe tener confianza en Dios, que no le dejará errar entrando á tratar con su divina Majestad con la disposicion que debe; y siendo él mejor testigo que otro ninguno de lo que pasa dentro de sí, y teniendo mejor conocimiento de todo lo

¹ Ps. CXLII, 10. — ² Ps. XXXIII, 6. — ³ I Joann. I, 5; Joann. I, 9.

que puede haber en pro y en contra para pesarlo y conferirlo en el acatamiento divino; y dando cuenta de todo á su padre espiritual para que juzgue por las reglas de discrecion, si por ventura se ha atravesado algun engaño; que son todos los pasos que hay en una acertada eleccion, como veremos en su lugar.

Demás de esto hay otras dos razones por las cuales esta manera de eleccion está menos sujeta á descontentarse y arrepentirse de ella, que es todo el peligro que decíamos que habia en las persuasiones humanas. La primera es, que cuando uno se determina por sí mismo, entiende mejor las razones por las cuales se resolvió, y tiene más gusto y sentimiento de ellas, hácenle despues menos fuerza las contrarias, y cuanto más libertad tuvo al tiempo de determinarse, tanto más firme está en lo determinado, y si siente dificultad llévala mejor por haber él entrado de su voluntad en ella. Y si alguna vez se le ofrece que ha errado, como no tiene á quien cargar la culpa de aquel yerro, de mala gana se quiere culpar á sí mismo, y busca razones para excusar lo hecho, y para confirmarse en ello. Así que miradas todas las razones de la prudencia humana, es más acertado dejarle á uno que se resuelva por sí mismo, cuando se espera que se resolverá conforme á la divina voluntad, y estando á la mira para que no se desvie de ella. La segunda razon está fundada en principios de la prudencia espiritual y divina. Porque cuando Dios inspira alguna cosa, juntamente alumbrá el entendimiento, regala la voluntad, quieta y asegura el espíritu, dá firmeza al corazon, y dispone y facilita la ejecucion. Todo lo cual significó nuestro santo Padre cuando dijo: *Que el mismo Criador y Señor se comunica á la su ánima devota, la abraza en su amor y alabanza, y la dispone por la via que mejor podrá*

servirle adelante. Y como nada de esto pueden hacer los hombres, síguese que hace grande ventaja el ser uno inspirado y movido de Dios, á ser persuadido y movido de los hombres. Pues si es oficio propio de Dios el enseñar su santa voluntad, resta que el padre espiritual pueda hacer su oficio en sólo dos tiempos: primero, antes de la oracion para instruir cómo se ha de haber en ella; segundo, despues de la oracion para examinar el espíritu que le ha movido, si es de Dios ó no, y de esto trataremos en el capítulo siguiente. Y al que hace los ejercicios le pertenecen otras tres cosas; primera, ejercitar puntualmente la instruccion que le fuere dada; segunda, dar cuenta fielmente de los sentimientos que hubiere tenido, de las resoluciones que hubiere tomado, y motivos de ellas; tercera, ejecutar esforzadamente todo lo que se juzgare que es inspiracion divina. De las cuales trataremos despues cuando se diga de las calidades que ha de tener el que hace los ejercicios.

Ahora por remate de este capítulo, de lo dicho se sacan dos cosas. La primera, que aunque, como dice nuestro santo Padre, al que está fuera de los ejercicios, lícita y meritoriamente le podemos mover para el estado más perfecto, cuando probablemente entendemos que será á propósito para él, pero mucho mejor será en primer lugar persuadirle y moverle á que haga los ejercicios, para que en ellos con más luz y mayor seguridad y firmeza sea enseñado de Dios nuestro Señor; pues, como veremos despues, esta es la ocasion que nuestro santo Padre juzgaba por mejor, para persuadir á uno que haga los ejercicios, cuando está perplejo acerca del estado de su vida, y desea deliberar de él. Pero en caso que no se inclinase á hacer los tales ejercicios, podria aconsejarle el padre espiritual con la cautela que está dicha,

cuando habiendo conocido las calidades del sugeto, y hecha oracion en el divino acatamiento, juzgase ser aquello lo mejor. Lo segundo, se saca que el que da los ejercicios debe estar indiferente, cuanto es de su parte, á esto ó aquello, á este estado ó al otro, deseando solamente conocer lo que ha de ser de mayor servicio y gloria divina. Porque si el que hace los ejercicios, es necesario que se disponga con esta indiferencia para que no yerre, el que se los da no es menos necesario que la tenga para que no le haga errar. Y si esto es menester para gobernar al que hace los ejercicios, mucho más para aconsejar al que está fuera de ellos. Porque en este caso el que aconseja hace la eleccion por el otro, y si uno para no errar ha de estar indiferente antes de hacer la eleccion, cuando la hace por sí, no menos es necesario que lo esté cuando la hace por otro para tomar la última resolucion por motivos del mayor servicio divino. Este consejo da nuestro santo Padre al fin de esta anotacion quince por estas palabras: *De manera, que el que los da (los ejercicios) no se decante ni se incline á la una parte ni á la otra; mas estando en medio como un peso, deje immediate obrar al Criador con la criatura, y á la criatura con su Criador y Señor.* Y en esto consiste la fidelidad que el maestro espiritual debe guardar para con Dios, que no prevenga sus inspiraciones, ni se haga dueño de las almas y de sus operaciones, pues no lo es; sino que en todo esté atento para encaminarlas y ayudarlas por donde Dios las guiare.

Finalmente, de todo el discurso de este capítulo se saca cuál sea la causa principal y la razon verdadera y la ajustada porque nuestro santo Padre y grande maestro de la vida espiritual escribió este divino libro tan desnudo de palabras, tan sin erudicion de los santos ó de

las Escrituras sagradas, tan sin elocuencia para persuadir ó mover los afectos, proponiendo sencillamente las reglas y notas, y brevísimamente los puntos de la meditacion, dejando á cada uno libre el discurso y el hacer reflexion sobre sí mismo, y el aplicar el discurso á los buenos propósitos y á la ejecucion. La causa de esto es, porque no pretendia más que introducir al ejercitante para tratar inmediatamente con Dios, y que allí fuese alumbrado y enseñado de su divina voluntad; y en esto hay mucho de provecho, y menos de peligro, estando siempre, como ha de estar, á la vista el maestro espiritual para no dejarle errar por medio de las reglas de discrecion. No se puede negar, sino que son muy provechosos los libros espirituales que andan escritos, llenos de elocuencia y de espíritu, y que con testimonio de los santos y de las Escrituras, eficacísimamente persuaden y mueven á la perfeccion; todos estos libros tienen su uso particular, y son muy á propósito, unos para unas personas, y otros para otras, y del todo son necesarios para los que no hacen ejercicios, ni se disponen á conocer en ellos la voluntad de Dios; pero este nuestro libro cuanto es más breve y sencillo, tanto es más provechoso á todo género de estados y de personas, y se puede acomodar á todos de cualquiera calidad y condicion que sean; y todos se pueden ayudar de él para conocer la divina voluntad y cumplirla; y es excelentísimo para los que hacen estos ejercicios ayudados de algun maestro espiritual que se los da; y en orden á este fin, tiene tanto más magisterio y mayor arte, quanto parece que está más desnudo de ella.

CAPÍTULO XV.

CÓMO SE HA DE HABER EL QUE DA LOS EJERCICIOS CON EL QUE LOS HACE ANTES DE LA ORACION.

TRATAMOS ahora especialmente de aquella oracion en que desea uno saber la voluntad de Dios acerca de lo que le conviene en alguna materia particular, lo cual llamamos eleccion, porque en ella delibera uno, y escoge lo que le está mejor, ó acerca del estado de su vida, ó acerca de otras cosas particulares. Y supuesto que el alma que se dispone á tratar con Dios la hemos de dejar para que sea enseñada de él, resta que en dos tiempos pueda ser ayudada de su padre espiritual, conviene á saber, antes y despues de la oracion. Antes de la oracion se han de quitar primeramente los impedimentos de la divina luz, y lo segundo instruir en el modo de tratar con Dios. Despues de la oracion se debe tomar cuenta del suceso de ella, porque no se atraviese alguna sugestion del espíritu malo.

Los impedimentos son de tres maneras, conviene á saber, en el alma los pecados, en el entendimiento la ignorancia, en la voluntad los afectos desordenados.

Para purificar el alma de pecados se enderezan todos los ejercicios de la primera semana.

La ignorancia puede ser quanto al modo de elegir, y quanto á la materia que se elige. Para quitar la ignoran-